

EL ATENEO.

PRECIOS POR TRIMESTRE.

En la capital.... *10 rs.
Fuera de ella.... 12
Números sueltos. 1

PUNTO DE SUSCRICIÓN.

REVISTA SEMANAL,

En esta ciudad, librería
de D. Alejandro Villatoro,
Comercio, 57.

ÓRGANO DE LAS CONFERENCIAS CIENTÍFICO-LITERARIAS.

AÑO I.

TOLEDO 18 DE ABRIL DE 1878.

NÚM. 7.

CONFERENCIAS.

A la hora de costumbre subió á la Tribuna el señor D. Luis Rodriguez Miguel, profesor del Instituto de esta ciudad.

Empezó su discurso diciendo que las conferencias como palenque científico, conceden plaza á todos los conocimientos humanos sin excluir opiniones ni sistemas—porque la ciencia ni engendra ódios ni es exclusivista,—demandó la indulgencia del público, y dijo que ya qué no fuera posible detenerse en exponer la importancia y la necesidad de la Historia, ni dar á conocer las principales leyes biológicas, justo era hacer notar la diferencia entre la manera como se consideró en la antigüedad y como la considera el siglo actual. En la antigüedad más se atendía al conjunto como obra de arte, en que se hiciera ostentación del génio, que á los caractéres crítico-filosóficos de la Historia. En la edad media perdió también ese carácter clásico para tomar el de una narración legendaria.

En nuestros días la Historia considerada como la *vida de la Humanidad al traves del tiempo y del espacio*, estudia ante tan armonioso conjunto todos los aspectos de la vida humana, sin que se niegue importancia al más insignificante. Bajo este concepto, se han rehabilitado ante el imparcial y supremo fallo de la Historia instituciones, personajes, pueblos, naciones y aun razas enteras.

Una de las épocas más dada á la controversia es indudablemente la segunda mitad del siglo XIV, época de grandes problemas, como lo demuestra el estado de las porciones de Europa, y el imperio de Oriente, cuya vida, vicisitudes y estado examinó rápidamente.

Si en Europa, añadió, hay grandes problemas que resolver, en España puede decirse los momentos son decisivos, por esto elijo para mi tema á Castilla, Aragón y Portugal, porque los tres reinos de la Península son llamados á resolver unos mismos problemas, para cuya resolución se emplean casi los mismos medios pero con muy distinta forma.

Entrando en materia hizo un ligero bosquejo del estado de las monarquías Aragonesa, Castellana y Por-

tuguesa; del estado del clero, la nobleza, el pueblo; manifestó brevemente el de las instituciones del régimen político de dichas monarquías, para deducir de aquí que—preponderante el poder feudal, débil la Monarquía, había que robustecer ésta, abatiendo aquél, sin olvidar la unidad nacional á que más ó menos decidida y deliberadamente aspiraban los dos Pedros.—De aquí el historiar primero la Monarquía Aragonesa, haciendo el retrato moral de Pedro IV, que más afortunado que el de Castilla, realiza cuanto se propone con solo adoptar una forma que encubra su carácter cruel y vengativo.

Las Cortes de Zaragoza, la sublevación de Valencia, la reconciliación con el magnate valenciano D. Pedro de Exérica, la sublevación de Valencia y Aragón al grito de la *Union*, la manera de terminar insurrección tan poderosa, la astucia, falsedad é hipocresía de que el Rey se valió, todos estos hechos fueron examinados así como también la anexión de Mallorca á la Corona de Aragón, las pretensiones de Aragón en Italia, la guerra de Cerdeña con la República de Génova.

Castilla no menos trabajada—por el lujo, la desmedida ambición y la sensualidad,—tenía la especial circunstancia de las muchas y largas minorías, y el legado fatal que Alfonso XI hizo á su hijo D. Pedro de siete hermanos bastardos. Delineó el retrato físico-moral de D. Pedro I, y no tuvo inconveniente en afirmar que como Rey es la gran figura de la Historia de España. Hizo notar que desde Inocencio IV (1354), que se ocupó de D. Pedro en seis cartas que le dirigió llamándole *ínclito príncipe*, hasta las obras de los tres Reaudelles (1867) Javier de Salas, y Fernández Guerra (1868), en ese espacio de quinientos catorce años, no han pasado diez años sin que se haya levantado una voz en defensa de D. Pedro. Así que la poesía popular, eco fiel de los sentimientos é ideas de una época, le hace héroe de sus romances y leyendas, y esa misma poesía exclama:

Unos dicen que fué justo,
Otros dicen que mal hecho,
Que no es rey cruel si nace
En tiempo que importa serlo.

Apremiado ya por el tiempo tuvo que prescindir del

exámen más detenido de este Rey, pronunciándose en su favor.

D. Pedro abate la nobleza, si bien con éxito desgraciado, y no merece menos elogio si se le considera en los momentos en que pone en el mayor aprieto al aragonés así por mar como por tierra.

Manifestó la gloria que cabe al Monarca castellano por ser el primero que acomete empresas marítimas, llamando la atención de los nobles y plebeyos sobre las ventajas que podía ofrecerles un elemento que hasta entonces no habían aprovechado para sus empresas.

Portugal sujeto también a los mismos males, se aparta en la resolución de los problemas de Aragón y Castilla porque D. Pedro, el Rey más humano y liberal de Portugal, es vencido por la nobleza, que escarnece su memoria; y respecto a unidad nacional, inticianse de una manera clara y terminante sus instintos separatistas de la madre patria.

Traseurrida la hora de costumbre sin poder completar el pensamiento, y temeroso de cansar al auditorio, resumió en los términos siguientes: «D. Pedro de Aragón logró dominar el feudalismo aboliendo la hermandad de la *Union*, especie de algarquía opuesta al desarrollo de la monarquía, robusteciendo el poder del Justicia. Realizó también la unidad nacional anexionándose el reino de Mallorca y continuando la tradición del poder e influencia en Italia de los Aragoneses; pero consiguió todos estos fines empleando no los mejores medios, siendo realmente cruel y artero, cuando reviste todos sus actos de la más exticta legalidad; en tanto que D. Pedro I de Castilla que tenía condiciones para abatir por completo la nobleza y el poder feudal, no pudo lograrlo por su carácter generoso y por la ambición de sus hermanos: que aspiró a la unidad nacional es innegable, no sólo por su guerra con el aragonés y por la incorporación *ad perpetuum* del señorío de Vizcaya, sino también por la respuesta dada a las ciudades de Vitoria, Logroño y Calahorra, cuando le consultaban sobre si entregarse al de Navarra antes que a D. Enrique, y D. Pedro les contestó: «a D. Enrique antes que a otro reino.»

Por último, la importancia de Aragón y el fuego de libertad e independencia que animó siempre sus instituciones, data de la época historiada, así como en Castilla las empresas marítimas de D. Pedro, son el antecedente necesario de la conquista del Nuevo Mundo, por naves españolas; y que sin la ambición y felonía de un francés y el crimen fratricida de D. Enrique, la nobleza no hubiera dado el triste espectáculo de los reinados de D. Enrique III y IV, anticipándose quizás el reinado de la unidad nacional, que realizaron más tarde los Reyes Católicos.

Los aplausos que el público prodigó al Sr. Rodríguez Miguel al terminar su conferencia, son la mejor prueba de la satisfacción con que había sido escuchado en su eruditísimo discurso.

Reciba nuestra más cariñosa felicitación y tenga la seguridad de que el público en general, como nosotros, oírá con gusto de nuevo la autorizada voz de nuestro distinguido amigo, desarrollando cuestiones históricas de tanta trascen-

dencia como las que sirvieron de asunto en la conferencia que hemos reseñado e insistiendo sobre la misma materia que por falta de tiempo se vió obligado a compendiar.

SECCION LITERARIA.

LA SEMANA SANTA EN JERUSALEN.

El áspero y solitario sendero que desde el puerto de Jaffa conduce a Jerusalén, atravesando las llanuras de Garon, Ranlé y el valle de Tabarindo en una extensión de 60 kilómetros próximamente, forma un contraste asombroso con la repentina aparición que se le presenta al viajero, tres kilómetros ántes de llegar al término de su viaje.

Tal es el panorama que se domina desde la cúspide del monte Olivete, cuya pendiente brusca y rápida llega hasta el profundo abismo que lo separa de Jerusalén, y que se llama el valle de Josafat. La ciudad algo apartada de las mezquitas, se presenta delante sin ocultar ni un techo, ni una piedra, como el plano de un pueblo que el artista hubiese levantado en relieve sobre una tabla. Las líneas que forman sus murallas y sus torres, las agujas de sus numerosos minaretes y las bóvedas de sus brillantes cúpulas, se recortan secamente sobre el azul del cielo, destacándose en el fondo el desierto de Sabas que termina en el mar Muerto, y el mismo mar brillando como acero bruñido entre las siluetas de las montañas y el inmenso horizonte accidentado por diversas cumbres terminadas en las montañas del Áribia.

Cuanto más próximo se está de la ciudad, mayor es el número de piedras que se amontonan y elevan como avalanchas eternas dispuestas a tragarse el pasado, y los últimos senderos que dan acceso a la puerta de Bethleem, están formados por una masa inmóvil y fúnebre de estas rocas que levantan a diez pies de altura, sin dejar ver otra cosa que la parte de cielo que las cubre.

Antes de entrar en la ciudad de los Santos y como para preparar el ánimo a presenciar las escenas que tienen lugar en Semana Santa, conviene tener algunos antecedentes históricos.

Esta ciudad fué fundada en el año 2023 del mundo, por el gran Sacerdote Melquisedech, quien la apellidó *Salem*, es decir, *la Paz*; entonces ocupaba solamente los dos montes Mora y Acrá.

Cincuenta años después de su fundación, fué tomada por los descendientes de Jebus, hijo de Cánaan, y construyeron sobre el monte Sion una fortaleza a que dieron el nombre *Jebus*, su padre; la ciudad tomó entonces el nombre de Jerusalén, que significa *Vision de paz*.

Josué se apoderó de la parte baja de Jerusalén el primer año de su entrada en la Tierra Prometida.

Los Jebuseos fueron expulsados por David 824 años después de la entrada de Melquisedech.

Cinco años después de la muerte de Salomon, Sesac, Rey de Egipto, atacó a Roboam, tomó a Jerusalén y la saqueó.

Ciento cincuenta años después fué saqueada por Joas, Rey de Israel.

Nabucodonosor destruyó enteramente á Jerusalen, incendió el Templo y llevó los judíos á Babilonia.

Antioco Epifanio saqueó de nuevo á Jerusalen.

Tito, sitió y tomó á Jerusalen, habiendo muerto de hambre 200.000 judíos durante este sitio. Desde el 14 de Abril hasta el 1.^o de Julio del año 71 de nuestra era, salieron por una sola puerta de Jerusalen 115.880 cadáveres.

Adriano, acabó de destruir lo que Tito había dejado en pie en la antigua Jerusalen y construyó sobre las ruinas de la ciudad de David, otra ciudad que la dió el nombre de *Ælia Capitolina* y encerró dentro de las murallas el Monte Calvario.

El año 613 de Jesucristo, fué tomada Jerusalen por Cosroes, Rey de los persas.

Heraclio derrotó á Cosroes en 627 y reconquistó la verdadera cruz.

Nueve años después, el Califa Omar se apoderó de Jerusalen, después de haberla sitiado por espacio de cuatro meses.

Ahmed, conquistó á Jerusalen en 868, pero habiendo sido derrotado su hijo por los Califas de Bagdad, la Ciudad Santa volvió al poder de éstos en el año 905 de nuestra era.

Mahomet-Ikhsid, sometió á Jerusalen el año 936.

Ortok, favorecido por los seljonidas, se hizo dueño de la ciudad en 984. Meleschah, turco seljonida, tomó la Ciudad Santa en 1076 e hizo talar todo el país.

Si á todas estas series de conquistas, se agregan las que tuvieron lugar en tiempo de las Cruzadas, resulta que desde su fundacion hasta el año 1716 en que Selim puso fin á tantas revoluciones, apoderándose del Egipto y de la Siria, han mediado 3693 años y ha sido destruida diez y siete veces.

Examinemos ahora esta Jerusalen de los turcos, ó mejor dicho esta *décima séptima sombra* de la primitiva Jerusalen.

Tomando por punto de partida la puerta de Jaffa, y caminando hacia el Mediodía, se pasa la piscina de Bersabé, que en la actualidad es un foso ancho y profundo; luego se sube á un montecillo de aspecto amarillento y estéril que es la montaña de Sion, de la cual una parte se halla fuera de Jerusalen. Esta cumbre sagrada está marcada por tres ruinas que son: la Casa de Caifás, el Santo Cenáculo y el Sepulcro de David.

Al bajar de la montaña de Sion por el lado del Levante, se llega á la fuente y piscina de Siloé, donde Jesucristo dió vista al ciego, y continuando hasta el ángulo oriental del muro de la ciudad, se entra en el valle de Josafat que se extiende de Norte á Mediodía entre los montes Olivete y Moria. El torrente Cedrón lo atraviesa; este torrente que está seco la mayor parte del año, en las tempestades y en las primaveras lluviosas arrastra unas aguas rojizas.

En la misma orilla del valle de Josafat y casi en el nacimiento del Cedrón da principio el monte de las Olivas, ciñe le un pequeño muro de piedras sin cimiento y le cubren con su sombra ocho olivos plantados á cuarenta pasos unos de otros, tan gruesos, que no existen

iguales en su clase; la tradicion los hace remontar hasta la fecha memorable en que el Hombre-Dios los acogió para ocultar en ellos sus divinas angustias.

Desde el monte de las Olivas y subiendo un camino tortuoso y sembrado de guijarros, se llega á un peñasco, desde donde según se dice, miró Jesucristo la ciudad culpable llorando la próxima ruina de Sion. Desde el peñasco de la *prediccion* se sube á unas grutas situadas á la derecha del camino llamado *Sepulcros de los Profetas*, y un poco más arriba de estas grutas hay una especie de cisterna de doce arcadas, donde compusieron los Apóstoles el Simbolo de nuestras creencias. Por último, adelantando cincuenta pasos más en la montaña, se llega á una pequeña mezquita de forma octogonal, erigida en el mismo lugar desde donde Jesucristo subió al cielo después de su resurrección.

Bajando de la montaña para continuar el camino de circunvalacion, se deja á la espalda el valle de Josafat, y siguiendo una escarpada senda hasta el ángulo septentrional de la ciudad, se cambia el rumbo al Oriente para dar vista á la gruta donde Jeremias compuso sus *Lamentaciones*; á poca distancia y siguiendo la muralla se encuentra el punto de partida, es decir, la puerta de Jaffa.

Una vez dàdos estos ligeros apuntes de la historia y situacion geográfica de la ciudad, justo es que penetremos en ella para dar principio á la narracion del epígrafe del presente escrito.

Apenas se franquea la sombría bóveda de la puerta de Jaffa ó de la ciudad, se despliega á la vista una tortuosa callejuela compuesta de pequeñas y miserables casas y de jardines incultos con las paredes casi destruidas. En cualquier sentido que se recorra la población, no se ve nada que indique la existencia de un pueblo, ni riqueza, ni movimiento, ni vida; las calles se hallan en todas partes obstruidas por escombros é inmundicias amontonadas, y sobre todo por andrajos de paño y lienzo azul que el viento agita como hojas secas, sin que se pueda evitar su contacto; cuando más se ve de trecho en trecho una mujer envuelta en el clásico velo asomada á la eurejada ventana de su casa, ó algunos beduinos montados en jumentos árabes cuyos pies resbalan y se hunden en los hoyos que pavimentan el piso.

Una de las cosas que más llama la atencion al viajero, es la *Vía Dolorosa*; dáse á este nombre al camino que recorrió el Salvador del mundo, al trasladarse de la casa de Pilatos al Calvario.

La casa de Pilatos es una ruina, y aun se ve la ventana desde donde pronunció el memorable *Ecce-Homo*.

A cien pasos del arco del *Ecce-Homo* se ve á la izquierda la ruina de una iglesia, donde halló María á su Hijo cargado con la cruz, después de haber sido expulsada por los guardias.

Cincuenta pasos más allá se encuentra el lugar donde Simon Cirineo ayudó á Jesucristo á llevar la cruz; aquí la calle que se dirigia de Oriente á Occidente, forma un ángulo hacia el Norte, á la derecha se ve el lugar donde vivia Lázaro el pobre, y enfrente la casa del mal rico, que se llamaba *Nabal*.

Después de haber pasado la casa de éste, se toma la

dirección del Poniente. A la entrada de esta calle que guia al Calvario, Jesucristo halló á las santas mujeres que le lloraron.

A cien pasos de allí, se muestra el sitio donde estuvo la casa de la Verónica y el lugar donde ésta limpió el rostro del Salvador.

Después de haber andado cien pasos, se halla la puerta Judiciaria, por ella salian los sentenciados á muerte al Gólgota. Este monte, actualmente encerrado en la nueva ciudad, estaba extramuros de la antigua Jerusalén.

Desde la puerta Judiciaria hasta la cima del Calvario, median aproximadamente doscientos pasos; allí termina la Vía Dolorosa, que puede tener en su totalidad una milla de longitud, ó sean 1800 metros.

La población de Jerusalén constará actualmente de unos 14.000 habitantes, entre los cuales hay unos 1.200 cristianos de diversas Iglesias; el resto es de judíos, musulmanes y griegos. La Semana Santa trae peregrinos griegos de todos los países, cristianos de la Palestina y musulmanes, evaluándose la población flotante que llena repentinamente la ciudad hacia el tiempo de Pascuas, en 30 ó 40.000 personas, es decir más que el doble de los habitantes ordinarios.

Bien se deja comprender que en una población tan miserable que no cuenta más que con cuatro alojamientos ú hoteles, que son *Simeon* sobre el monte Sion, *English hotel* en la Vía Dolorosa, hotel cristiano ó *Mediterranean hotel*, y junto á los estanques de Ecequias *Casa nueva*, que depende del Convento latino; es muy difícil encontrar alojamiento aun pagando cantidades fabulosas, á menos de no acampar en las inmediaciones del Templo fuera de la ciudad, como hacen todos los peregrinos.

Estos creyentes que la mayor parte son pobres, emprenden el penoso viaje en familia, pues creen que es absolutamente necesario hacer la peregrinación á Jerusalén, á lo menos una vez en la vida. Cuando llegan á los muros de Sion tienen que pagar cuatro *paras* por cabeza en la puerta de Belén, y provisionalmente se les aloja en los conventos de su nación, no sin haber entregado antes al Prior del convento el *tributo de peregrinación* que es la mayor parte del dinero que llevan. Pasadas las cuarenta y ocho horas primeras, tienen que abandonar este alojamiento y hacerlo á sus expensas.

Igualmente tienen que pagar por entrar en la iglesia del Santo Sepulcro y por visitar cada uno de los Santos Lugares, intra y extramuros, y hasta por salir de la ciudad. Hay localidades reservadas en las gradas semi-circulares del Sacro Estrado y el precio de este alquiler es tanto más subido cuanto más cerca está del trono celestial, en una palabra, no es más que una odiosa superchería y una infame rapiña. Debo añadir en honra de la civilización que el convento latino es ajeno á tan indignos manejos.

LAS CEREMONIAS.

VÍSPERA DEL DOMINGO DE RAMOS.—La Víspera del Domingo de Ramos, las Comunidades cristianas divididas por falanges con sus Patriarcas á la cabeza, hacen su

solemne entrada en la iglesia del Santo Sepulcro. Llámase á esta ceremonia *La toma de posesión de los Santos Lugares*.

Como todas las ceremonias han de tener lugar en este edificio y además, es el más notable, no ya de Jerusalén sino de todo el mundo, bajo el punto de vista histórico, conviene dar algunos detalles siquiera sea muy por encima.

La iglesia del Santo Sepulcro tiene casi la forma de una cruz de ciento veinte pasos de longitud, por setenta de ancho. Adórnala tres cúpulas, de las cuales la que cubre el Santo Sepulcro, sirve de nave á la iglesia; apenas se pasa el atrio, se ve á la izquierda una especie de estrado cubierto con un tapiz y algunos cogines, donde están acostados ó reclinados cinco ó seis turcos que fuman, beben café y juegan al ajedrez; son los guardianes del Templo. Algunos pasos del diván, se ve una gran piedra cuadrada de mármol rojo, llamada *Piedra de la Unción*, es decir, la piedra en que Jesús fué puesto y ungido por José de Amaritea antes de ser depositado en el Sepulcro. El Santo Sepulcro está á treinta pasos de este sitio y exactamente en el centro de la gran cúpula; el interior es casi cuadrado, tiene seis pies menos una pulgada de largo y seis pies menos dos pulgadas de ancho, y desde la base hasta la bóveda, ocho pies y una pulgada. En la actualidad no se ve más que un cofre de mármol blanco, cuya tabletá superior está hendida, pues el verdadero Sepulcro, según dicen, no se puede ver porque está debajo.

A espaldas del coro se encuentra la roca del Calvario, compónese de una planta baja y de un primer piso. Escaleras modernas de pocas gradas conducen al piso superior dividido en dos capillas, en el fondo de la que mira al Mediodía hay una elevación donde se ve un agujero abierto en el peñasco como de pie y medio de profundidad, es la cima del Gólgota. Todo está cubierto de mármol y únicamente á metro y medio de dicho sitio, una parte de la roca al descubierto, deja ver una hendidura de unos dos metros, vestigio del terremoto descrito en el Evangelio.

Tanto estos sitios que hemos descrito, por ser los más principales, como otros muchos que pertenecen á los pasajes de la pasión, están custodiados por los sacerdotes cristianos de las diversas sectas; celebrando en sus capillas respectivas los Oficios Divinos según el ritual que les es característico. Desde lo alto de las arcas donde aquéllos se anidan á manera de palomas y desde el fondo de las capillas y subterráneos, hacen oír sus cánticos á todas las horas del día y de la noche: el órgano del religioso latino; los címbalos del sacerdote abisinio; la voz del monge griego; la oración del solitario armenio, y la especie de lamento del fraile copto; hieren alternativa ó simultáneamente el oído, sin saber de dónde parten aquellos conciertos.

Tal es el conjunto que presenta de ordinario la iglesia del Santo Sepulcro: continuemos con las ceremonias durante la Semana Santa.

Según una antigua costumbre, que respeta con harta extrañeza nuestros cismáticos, el pequeño cortejo de los latinos es el que abre la marcha al salir del patriarcado, para tomar posesión de la iglesia del Santo Sepulcro.

Al entrar en la iglesia los peregrinos besan la piedra de la *Uncion*, y el Patriarca italiano penetra solo en el interior del Santo Sepulcro y ora, después siguen á la capilla de Resurrección donde da á besar su anillo á los peregrinos de su falange.

El Patriarca griego, á su vez seguido de los suyos y los Sacerdotes ó Papas que marchan delante de él van cubiertos con tocas negras, rojas y blancas y ofrecen á la adoración de los fieles magníficos Evangelios forrados de terciopelo ó de oro. El Patriarca armenio con capucha negra y capa pluvial de oro, marcha en medio de cuatro porta-antorchas y diáconos que llevan en una mano un incensario y en la otra una pequeña capilla gótica en relieve.

En seguida van los coptos ó cristianos de Egipto con vestiduras blancas, que se distinguen no solamente por sus trajes, sino por su rara melodía que acompañan con el extridente ruido de sus címbalos de cobre.

Unido todo esto al ruido confuso de las campanas á vuelo, y los secos golpes de martillos sobre barrotes de madera, mezclados con los gritos de los muchachos hay que exclamar: ¿Es esto el Santo Sepulcro ó la torre de Babel?

DOMINGO DE RAMOS.—Los latinos tienen que oír misa al amanecer á fin de dejar el sitio libre á los griegos, y rara vez pueden terminar sus ceremonias de distribuir las palmas bendecidas, y puestas sobre el mármol del Santo Sepulcro, sin verse interrumpidos por las oleadas de los cismáticos que los rodean, dando por resultado una colisión entre ambas falanges, y verificarse el caso de tener que refugiarse el celebrante en el Santo Sepulcro y encerrarse por dentro.

Dice un testigo presencial: «Jamás he visto dar tantos palos como la Semana Santa en Jerusalén; bien entendido que siempre son los cristianos quienes los reciben y los musulmanes quienes los dan.»

Antiguamente había la costumbre de ir los religiosos latinos, el Domingo de Ramos, muy temprano á Bethpagé, aldea á donde Jesucristo solía ir á pernoctar con sus discípulos, y desde allí venir en procesión, montado el Prior en un asno cubierto con un rico tapiz. El camino estaba sembrado de flores, la multitud se apiñaba á la puerta de Jerusalén y los latinos entonaban el *Hosanna*.

Posteriormente se ha suprimido esta procesión.

MIÉRCOLES SANTO.—Desde el domingo al martes no pasa nada de notable en el interior del Santo Sepulcro. Solamente van á orar los peregrinos á las estaciones de la Vía Dolorosa.

El Miércoles Santo van muy temprano al monte Sion, luego visitan el valle de Josafat, el huerto de las Olivas, la gruta de la Agonía, la roca en que durmieron los discípulos y el sitio en que Judas abrazó y entregó á su divino Maestro.

Vuelven luego á la ciudad para asistir á las tres de la tarde al oficio de las Tinieblas en la iglesia del Santo Sepulcro, donde los religiosos sentados delante de unos atriles colocados junto á la puerta del Sepulcro, cantan con triste acento los sagrados salmos de David y Jeremías.

JUEVES SANTO.—El Jueves Santo es un día privile-

giado para los cristianos sometidos á la autoridad de la Santa Silla, los cuales conservan el derecho de usar exclusivamente la iglesia del Santo Sepulcro desde la mañana del jueves hasta el viernes al medio dia.

Como en este tiempo les está prohibida la entrada á los cismáticos, levantan estos un altar en el atrio del templo para poder oficiar, ocupando los creyentes las calles inmediatas, la plaza del atrio y hasta las azoteas de las casas contiguas; siendo de admirar la piedad tranquila de esta gran muchedumbre.

Las ceremonias que verifican los cristianos, como son celebración de los oficios, procesión alrededor del Santo Sepulcro y de la piedra de la Unción, lavatorio de pies á doce peregrinos de naciones diferentes etc. etc. forman un contraste asombroso con las escenas de los días anteriores llevando el sello de verdadero reconocimiento y no el de la precipitación y alborotos ordinarios.

VIERNES SANTO.—A las doce del día se abren las puertas de la iglesia, y en menos de media hora, queda el templo transformado en una especie de gran hostería, donde se come, se fuma, se toma café y se preparan los lechos con esteras, colchones y mantas con objeto de pasar veinticuatro horas seguidas en el templo.

Hay que saber que el gran interés de la Semana Santa para los griegos, no es precisamente asistir á la representación de la pasión y muerte de Cristo, sino recibir el sagrado fuego del Sábado Santo, razón por la que se apresuran á tomar sitio la víspera, exponiéndose á ser magullados ántes de instalarse á causa de querer entrar diez ó doce mil personas á la vez para ocupar los sitios más próximos al Santo Sepulcro que es por donde ha de salir el fuego sagrado.

Mientras los griegos acampan así en la iglesia, los latinos hacen una especie de parodia de la Pasión, con una figura de bullo que representa á Jesús con cabeza y miembros flexibles.

A las seis de la tarde los Padres de la Tierra Santa, salen con este gran Crucifijo, de la capilla de la Santa Virgen, seguidos de fieles con antorchas en la mano, van cantando alternativamente el *Stabat Mater* y el *Misericordia*. Después se dirigen hacia el Calvario, y un sacerdote refiere entonces, mostrando el Crucifijo, todo lo que el Hombre-Dios padeció en el Gólgota. Otros sacerdotes toman la divina imagen, la fijan con clavos á una cruz y la plantan en el mismo agujero que ya hemos descrito, dando lugar á una escena de lágrimas y sollozos, no sólo de los presentes sino también de los que están en el fondo de la iglesia. Finalmente un religioso se acerca á la Cruz provisto de martillo y tenazas y empieza el desprendimiento quitando primero la corona de espinas en cuyo momento se inclina la cabeza de Jesús; después los clavos de las manos que caen á lo largo del cuerpo; últimamente los clavos de los pies, deslizándose el cuerpo en lienzos que tienen otros religiosos. La procesión se pone entonces en movimiento y depositan el cristo entre lamentaciones dolorosas en el interior del Santo Sepulcro, no sin haber ántes derramado toda clase de perfumes sobre el cuerpo envuelto en un sudario y de quemar toda clase de aromas.

SÁBADO SANTO.—El Sábado Santo no les es fácil á

los latinos penetrar en la iglesia. Por lo demás las ceremonias del culto Ortodoxo, no difieren de las que se renuevan anualmente en nuestros templos.

Lo más notable de este dia, es la distribucion del fuego sagrado á los griegos. Esta ceremonia consiste en dar dos vueltas alrededor del Santo Sepulcro, y el Obispo griego que oficia, llamado por consiguiente *el Obispo del fuego*, se encierra solo dentro de él con dos antorchas apagadas y despojado de todos sus ornamentos. Pasados algunos instantes, el fuego sagrado aparece en las aberturas ovales hechas en el espesor del muro á los lados de la capilla del Angel que precede al Santo Sepulcro. Un hombre encorvado hasta el suelo enciende una antorcha por la abertura de la izquierda y se precipita para depositarlo en el altar de los armenios y comunicarlo á la multitud; otro se encarga de hacerlo á los coptos y sirios, y como un relámpago se propaga el fuego por todo el ámbito de la iglesia, contribuyendo á solemnizar el acto, los gritos de los concurrentes y el estrépito de las campanas.

En cuanto al Obispo, sale desencajado del Sepulcro, con la vista extraviada, cubierto con una simple camisa y armado de sus dos antorchas encendidas, sobre las cuales se precipitan los demás con tanto furor, que abandonándolo todo y encorvándose hacia el suelo para sustraerse á la violencia de la multitud, se salva penetrando en el coro.

Una vez en posesion del fuego sagrado, los griegos, los armenios, hombres y mujeres, le hacen pasar por todas las partes del cuerpo para purificarse.

La Iglesia Católica, no cree en este milagro del fuego, y cuéntase que hacia el año 1825 le ocurrió al bajá de Damasco el capricho de encerrarse en el Santo Sepulcro con el Patriarca griego para ver el milagro. Grande fué el embarazo del Patriarca: dicen que temblaba como un azogado y que procuraba el medio de ilusionar al infiel, pero el bajá contrariaba todos sus esfuerzos. Entre tanto el tiempo corría y la gente comenzaba á pedir á voces y con cierto furor el fuego sagrado. El Patriarca, cubierto de un sudor frio, se arrojó á los pies del turco y confesó que aquéllo era una mistificacion. El turco hubo de irritarse pero el Patriarca empleó el argumento siguiente: «Si suprimimos, le dijo, el fuego sagrado, el número de los peregrinos griegos se reduciría muy luego al de los latinos. Sin peregrinos no habría dinero, ni para ti, ni para nosotros. Y entonces ¿qué sería de Jerusalén?»

DOMINGO DE RESURRECCION.—En este dia los latinos quedan casi solos orando en la iglesia del Santo Sepulcro, y los griegos se dispersan por la ciudad y el valle de Josafat, poniéndose luego en camino para Belen ó el Jordan: para ellos todo está concluido desde que reciben el fuego sagrado, pero no se alejan de la Palestina sin llevar pruebas materiales de su peregrinacion, á cuyo efecto piden certificados que les expiden los religiosos. Algunos se hacen dibujar en los brazos ó en el pecho con agujas y pólvora los atributos de la Pasión, la cruz, la lanza y cifra de Jesús y María.

GREGORIO MIGUEL.

Toledo 14 de Abril de 1878.

MELODÍAS HEBRÁICAS.

(TRADUCCIÓN DE LORD BYRON.)

¡LLORAD!

Llorad sobre los miserios judíos
Que lloran y suspiran
En las riberas de las frescas aguas
Que la gran Babilonia fertilizan.

Sobre los tristes cuyo altar deshecho
Sólo es montón de ruinas;
Que otros que en Dios no creen viven seguros
En los lugares que su Dios habita.

Sobre las arpas de Judá sagradas,
Ya sus cuerdas no vibran
Ni el mundo escucha su cantar divino
Que ántes alegre el eco repetía.

¿Dó lavarán sus piés ensangrentados
Las tribus israelitas?
¿Cuándo su canto animará de nuevo
Los corazones que á su voz latían?

Tribus de piés errantes cuyo pecho
Se rinde á la fatiga,
¿Dó volareis en busca de reposo
Cuando el desierto vuestras fuerzas rinda?

Tiene el ave parlera en la espesura
Un árbol donde anida;
Su patria el hombre y el reptil su grieta....
Y tan sólo su tumba el Israelita.

E. DE OLAVARRIA.

Abril—1878.

ÚLTIMO PERÍODO DE LA VIDA DE JESÚS.

Si la humanidad agradecida dedica un recuerdo á todos aquéllos á quienes es deudora de un paso en la escala del progreso; si canta á sus sabios, á sus héroes, en las fechas que señalan los acontecimientos principales de su vida, ¿quién tendrá más derecho á su gratitud, á su amor y á su veneración que el Divino Maestro quí vino á enseñar á esta misma humanidad la ley de amor, la religión eterna, el culto puro y el camino recto que á Dios conduce?

Por eso en estos días en que la cristiana grey conmemora el sangriento drama del Calvario, dedicamos estas líneas á la memoria de aquel sublime Mártir de la más pura y fecunda de las ideas, del Hijo de Dios que voluntariamente se entregó á una muerte ignominiosa en la que como en la pasión que la precedió, puso de relieve la práctica de todas sus enseñanzas.

No es posible en los estrechos límites de un artículo reseñar ni aun ligeramente los principales sucesos de la vida de Jesús en los tres últimos años que dedicó á esparcir entre los hombres la doctrina del consuelo universal, ni los prodigios que acreditaban su divino origen, ni tampoco es nuestro ánimo enseñar nada nuevo á los que como nosotros de cristianos se precien. Nuestro objeto, ya lo hemos dicho, es dedicar un corto tiempo á su memoria, aunque sea repitiendo lo ya sabido.

Nadie ignora que Galilea fué la comarca que primero

escuchó la celestial doctrina de Jesús en sus sinagogas y en sus plazas; en la montaña y en el lago; que allí con el atractivo irresistible de su palabra y de su persona, logró que casi todos los moradores de aquella abriesen los ojos á la luz y llenos de júbilo le proclamasen el Mesías. Pero era preciso continuar la obra en donde peor interpretada se encontraba la Ley, en donde un misticismo exagerado, una exterioridad vana, desviaban á los espíritus del verdadero culto que quería Jesús, el culto del corazón. El sitio en que esto sucedía era Jerusalén y allí dirige sus pasos, sabiendo que las persecuciones y la muerte serán la recompensa que hallará.

Su predicación en este punto cambia de aspecto. No con la dulce y sencilla palabra que llenaba de fe y de esperanza á los galileos, expone su doctrina, sino con parábolas que aunque llenas de sentimiento, entrañaban amargas reconvenencias para los sacerdotes y fariseos hipócritas, á quien iban dirigidas, porque el pueblo, propiamente dicho, no entendía ni veía más que lo que ellos querían que viese y entendiese. Otras veces les increpa con dureza llamándoles ciegos y lazarus de ciegos, sepulcros blanqueados, etc. Elogia á su presencia á la pobre viuda que en el arca de las ofrendas deposita un óbolo que le es necesario y censura á los que con sobrados bienes ni aun de lo supérfluo se privan, les presenta también como más digno al publicano que en un rincón del Templo decía al Señor que tuviese misericordia de él, que era un pobre pecador, que al fariseo que en alta voz le daba gracias porque no le había hecho tan malo como al publicano.

Fácilmente se comprende que esta conducta de Jesús exasperase á aquellos hombres impuros, porque venía á poner de relieve sus defectos y á destruir su supremacía y dominio sobre las masas. Aunque por de pronto ningún acto ostensible les mostrara la influencia que sobre ellas ejercía la predicación del joven Maestro, no se les ocultaba que, si bien con sigilo por el temor que inspiraban los anatemas sacerdotiales que ponían al ciudadano fuera del derecho común, algunos procuraban ver á Jesús y convencidos de la verdad de sus enseñanzas adoptaban su doctrina; así es que sin razones que oponer al Salvador y previendo que la saludable innovación avanzaría rápidamente, concertaron perderle; sólo faltaba un motivo, mejor dicho, un pretexto que por entonces no encontraban.

El corazón sensible y bondadoso de Jesús se contristaba en aquellas luchas, y sólo parece que olvidaba sus amarguras cuando después de haber pasado todo el día en el templo, descendía á la caída de la tarde al valle de Cedron, atravesaba Gethsemani y pasaba la noche en el monte de los Olivos ó en la próxima aldea de Bethania, su lugar predilecto, donde vivía la piadosa familia de Lázaro á la que profesaba un gran cariño, tanto que, habiendo hecho un viaje á Perea, á orillas del Jordán, como para dar su despedida al país de su bautismo, al recibir un mensaje de Martha que le anunciaba la grave enfermedad de su hermano, dejó aquél sitio en que había recibido nuevos consuelos y parte para Bethania, llegando cuatro días después de haber sido sepultado el que amaba; pero queriendo premiar la fe de

Martha y además dar una idea de su poder, vuelve la vida á Lázaro. Este acontecimiento extraordinario contribuyó á acelerar el fin de Jesús. Sus enemigos no ven en este prodigo más que un motivo para anticipar su muerte y ordenan que sea preso en cuanto su planta se pose en Jerusalén.

Congráganse los jefes de los sacerdotes y los ancianos bajo la presidencia del Pontífice Caifás, instrumento dócil de su suegro Anás, gran sacerdote depuesto; pero que conservaba en el fondo toda su autoridad y era el más implacable enemigo de Jesús. En aquel consejo se consigna este sangriento axioma: «Es necesario que un hombre muera por la salud del pueblo.» El hombre que había de morir, no tenemos para qué decirlo, era Jesús. ¿Pero de qué le acusarian? Los medios que habían empleado para poder presentarle como un agitador, como un sedicioso político, no habían dado resultado, porque Jesús distinguiendo perfectamente lo espiritual de lo temporal había respondido: «Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.» La acusación sólo podía basarse en que atacaba á la ley, á la religión, por más que no fuese cierto, pues lo que atacaba era la hipocresía, la fe aparente reñida con las obras. Ningún cargo concreto podían hacerle tampoco en este sentido, cuando hé aquí que los acontecimientos se preparan á medida de los deseos inicuos que contra él abrigaban.

Jesús, fiel observador de la ley, con motivo de la festividad de la Pascua, se dirige á Jerusalén para celebrarla con sus discípulos. Se extiende la noticia de su próxima llegada, y un gran número de galileos que con igual objeto se encontraban en la ciudad, preparan una ovación á su querido Maestro. En efecto; un domingo (que creemos fué el 9 de Nisan) llega Jesús sentado en modesta cabalgadura á las puertas de Jerusalén; la muchedumbre que le esperaba le aclama á los gritos de «hosanna al Hijo de David;» «¡bendito el que viene en el nombre del Señor;» y con sus capas y túnicas alfombran el piso y con palmas y ramos de olivo en las manos le preceden, le rodean y le siguen.

Esta ovación disgustó sobremanera á los sacerdotes y ancianos del pueblo y vino á acelerar los procedimientos contra Jesús. Uno de los últimos llamado Benjamín, concierta con un discípulo desleal la más negra de las traiciones y conviene con él la manera de apoderarse de su Maestro.

Había llegado el jueves, en este día quiso Jesús celebrar la última cena con sus discípulos para darles el último mandamiento, el mandamiento nuevo, y sellar la nueva alianza. Ya era cerrada la noche, cuando salieron de la sala en que aquella había tenido lugar. Jesús siguiendo su camino favorito, atravesó el valle de Cedron y se dirigió al huerto de Gethsemani al pie del monte de los Olivos. Allí oró á su Eterno Padre y le pidió fuerzas para su naturaleza humana.

Terminada su oración, ve venir hacia sí récia turba armada con espadas y palos y á su frente al discípulo ingrato que con el ósculo de paz iba á designarle á los encargados de prenderle. Avanza la patrulla, le rodea, y á pesar de que ninguna resistencia opone, es tratado con dureza y atado como un criminal, conducido á casa de

Anás, de quien procedía la orden de prisión. Este le interroga acerca de su doctrina y de sus discípulos, pero Jesús le contesta que habiendo sido pública su enseñanza, interrogase á los que se habían escuchado. Esta contestación lógica, parece irreverente al orgulloso pontífice y un vil adulador allí presente osa poner su mano en la faz augusta de Jesús.

Este interrogatorio de Anás carecía de objeto, y se verificó sin duda para satisfacer el orgullo ó la curiosidad del gran sacerdote, porque el verdadero Pontífice el poseedor del título oficial era Caifás. Allí pues fué llevado Jesús; el sanedrín le esperaba reunido. Empezóse una sumaria tan irregular como breve para condenarle; testigos falsos acumularon cargo sobre cargo y por fin Caifás dirigiéndose á él, «te juro por Dios vivo, le dijo, que nos digas si eres el Mesías, si eres el Cristo.» Jesús respondió afirmativamente y proclamó el advenimiento de su reino celestial. Blasfemia, exclamó Caifás rasgando sus vestiduras, y el sanedrín unánime le declaró reo de muerte.

Pero aun faltaba algo. Aun cuando Jesús estaba realmente condenado, la sentencia no podía ejecutarse sin ser ratificada por el Gobernador, por el representante del César. Esperaron pues al siguiente día y Jesús pasó el resto de la noche en casa del Pontífice, expuesto á los insultos y afrentas de la chusma más soez.

Amaneció el nuevo día y no se descuidaron por cierto en llenar el requisito que faltaba. Ordenaron á sus agentes que atasen á Jesús y le condujeron al Pretorio. Su presencia, su actitud digna y humilde á la par, impresionaron á Pilato en su favor y desde luego se propuso buscar medios para salvarle. En su excepticismo, no daba gran importancia á las acusaciones que contra Jesús dirigían, ni encontraba justificada la sentencia de muerte, cuya confirmación se le pedía. Los acusadores sentían que perdían terreno y en su despecho concibieron una idea que con fundamento creyeron les daría el resultado apetecido. Una calumnia más y lograban su objeto. Dijeron á Pilato, que además de los delitos que cometía contra la religión, se nombraba rey de los judíos, título que jamás se dió Jesús, y que esto constituiría un atentado contra la autoridad del César. No se les escapó el efecto que esta acusación produjo en el ánimo del Pretor, el que sin embargo quiso cerciorarse por si de la verdad ó falsedad de esta acusación preguntando á Jesús.

Su respuesta fué: «Tú lo dices; » si bien añadió: «mi reino no es de este mundo.»

Pilato no comprendió la sublimidad de aquel pensamiento, pero tampoco esta respuesta le hizo variar en su benévolos propósitos; así es, que queriendo conciliar sus sentimientos con los de aquellos fanáticos, concibió la idea de aparentar que le creía culpable, y aprovechando la ocasión que la festividad de la Pascua le ofrecía, propuso á la muchedumbre su indulto y á fin de que ésta no tuviese duda en la elección, colocó su augusto nombre al lado del de un criminal, homicida y ladrón llamado Barrabás; nueva afrenta infurida al Redentor, si bien es de creer que con la intención más sana.

Pero no contaba Pilato con que entre la muchedumbre

se encontraban mezclados los principales enemigos de Jesús, así es que éstos contestaron: «Suelta á Barrabás» y á Barrabás repitieron las masas como un eco, viéndose precisado Pilato á indultarlo.

Los recursos se le iban agotando; siempre con la idea fija de salvar á Jesús, pero obrando ya con un criterio á todas luces absurdo, creyó oportuno conceder algo á las exigencias de aquellos malvados y cometió la iniquidad de ordenar qué Jesús fuese llevado afuera y flagelado.

Los encargados de este afrentoso suplicio, se excedieron en él, le aumentaron con el escarnio y el insulto ciñendo á la cabeza de aquella inocente víctima punzante corona y poniendo en sus manos frágil cetro de caña, emblemas de una irrisoria dignidad real.

Este injusto castigo impuesto por el que no encontraba causa para juzgar, creyó que bastaría á conmover aque-llos duros corazones: ¡vana esperanza! como si la sangre derramada ya les produjera vértigos de muerte, crece el tumulto, amenazando convertirse en verdadera sedición: «Crucifícale, crucifícale» gritan por todas partes.

Pilato alarmado, vacila, recuerda el dictado de rey de los judíos, piensa que tendrá que responder á Tiberio de aquella sedición, escucha las amenazas de los príncipes de los sacerdotes y teme por su poder y por su persona. De otra parte acude á su mente el misterioso sueño de su virtuosa esposa Procla que ya tenía en su alma la fe del Redentor, recuerda sus palabras «no te mezcles en la causa del justo» y la pluma puuesta ya sobre el pergamo se escapa de su mano.

—Si perdonas á éste no eres amigo del César, le dicen en definitiva, puesto que cualquiera que se haga rey contra él se declara.—

Estas últimas palabras producen un efecto decisivo: con temblorosa mano autoriza la fatal sentencia. ¡Triunfo la iniquidad!

¡Débil Pilato, más cobarde que malvado! ¡Qué expiación tan terrible como justa te habrá costado aquella injusticia!

Sólo resta ver ya á Jesús camino del Calvario y contemplarle pendiente de la cruz. La pluma se resiste á describir estas escenas y además va á aparecer María y no hay pincel capaz de dibujarla en su dolor.

Satisfecho está el odio de los fanáticos sacerdotes é hipócritas fariseos; ya han colocado á Jesús en el afrentoso madero, pero no saben cuán estéril va á ser su perfidia; matarán al hombre pero no la idea; la sangre en que pretenden ahogarla servirá á su desarrollo; la cruz que como patíbulo ignominioso han levantado será la enseña santa de la civilización y el Hijo de Dios que de ella pendrá el luminoso faro que guiará á los hombres á las esferas de la eternidad.

E. P.

SENTENCIA DE JESÚS.

Con motivo de la conmemoración de la muerte del Mártir del Gólgota que hoy celebra el Orbe cristiano,

como documento curioso y de oportunidad, insertamos la copia de la sentencia que dió Pilato, y cuyo texto se conserva en el Archivo de Simancas. El original en lengua hebrea fué hallado en un tubo de hierro, entre las ruinas de un templo en la ciudad de Aquila (Abruzzo) por los años de 1550.

«En el año XVII de Tiberio César, emperador romano y de todo el mundo monarca invictísimo en la olimpiada CXXI, edad XXIV y de la creacion del mundo, segun el número y cuenta de los hebreos cuatro veces MCXLVII, de la propagacion del imperio romano el año LXXXIII, del rescate de la servidumbre de Babilonia el CDXXX y de la restitucion del imperio sagrado el año CDXCVII; siendo cónsules del pontifice romano Lucio Pizano y Marcio Starico; procónsules del invicto Valerio Palestino, gobernador público de Judea, y regente y gobernador de la ciudad de Jerusalen Flavio cuarto, su presidente gratisimo Poncio Pilato, regente de la Baja Galilea Herodiana, antipatriarca y pontifice del sumo sacerdocio Anás y Caifás: Alas Maelo, maestre del Templo: Rabaham Ambel, centurion de los cónsules romanos y de la ciudad de Jerusalen quinto Cornelio Sublimio y sexto Pompilio Rufo á los XXV de Marzo.

» Yo Poncio Pilato, representante del imperio romano en el palacio de Larchi, nuestra residencia, juzgo, condeno y sentencio á muerte á Jesús, llamado Cristo Nazareno, de la turba de Galilea, hombre sedicioso de la ley mosáica contra el gran emperador Tiberio César, determino y pronuncio, en razon á lo expuesto, que sufra la muerte clavado en la cruz á usanza de los reos, porque habiendo congregado muchos hombres ricos y pobres, no ha cesado de mover tumultos por toda Galilea, fingiéndose Hijo de Dios y Rey de Israel, amenazando la ruina de Jerusalen y del sagrado imperio, y negando el tributo al César; habiendo tenido el atrevimiento de entrar con palmas y en triunfo, acompañado de la turba como rey, dentro de la ciudad de Jerusalen en el templo sagrado.

» Por tanto, mando á mi centurion Quinto Cornelio, que conduzca públicamente por la ciudad de Jerusalen á ese Cristo, amarrado y azotado, vestido de púrpura y coronado de espinas punzantes, con la propia cruz á cuestas, para que sirva de ejemplo á todos los malhechores, y que lleve con él á dos ladrones homicidas: todos los cuales saldrán por la puerta Giaucarola, llamada hoy Antoniana, é irán hasta el monte de los malvados, que se dice Calvario, donde crucificado y muerto quede el cuerpo en la cruz, para que sirva de espectáculo y ejemplo á todos los criminales, y en dicha cruz se le pondrá el siguiente letrero en tres lenguas, hebrea, griega y latina: *Jesús Nazareno Rey de los Judios.*

» Mandamos asimismo, que ninguno de cualquiera clase que sea, se atreva temerariamente á impedir esta justicia por nos mandada, administrada y seguida con todo rigor, segun los decretos y leyes de los romanos y hebreos, bajo la pena en que incurren los que se revelan contra el imperio. Confirmaron esta sentencia por las doce tribus de Israel, Raban, Daniel, Raban segundo, Joan Benciaz, Barbas, Isabec, Presidan. Por el su-

mo sacerdocio, Raban, Judas Boncalason. Por los fariseos Robiam, Simon, Daniel, Braban, Mordagin, Boncertassilis. Por el imperio y presidente de Roma, Lucio Sirtilio, Amostro Silio, notario público del crimen. Por los libres, Nastan, Reotenam.»

Á LA MUERTE DE JESÚS.

SONETO.

En la cumbre del Gólgota sombría
Y en torno de un cadalso, se agitaba
Un pueblo criminal, que contemplaba
Al que horrendo suplicio padecía.

¡Pueblo cruel! Al Mártir escupía
En la faz que la muerte inanimaba;
¡Y era su Redentor el que respiraba!
¡Era el Díos del Thabor el que moría!

El Díos que, al dar su postrimer aliento
Entre el furor del popular encono,
Sus ojos alzó al negro firmamento;

Y al ver, tras él, en su divino trono
A su Padre, exclamó con dulce acento:
·Perdónalos, Señor, yo los perdono..

JOSÉ JIMÉNEZ PAJARERO.

LAS SIETE PALABRAS.

El Dios-Hombre, el prometido de Abraham, Jesucristo, baja del seno de la Divinidad á encarnarse en este valle de lágrimas, y acatando *los decretos del Padre*, emprende resuelto la grandiosa obra que había de dar por resultado la redención de la Humanidad, que presa de todo género de vicios, gemía como era consiguiente bajo el peso del pecado; del desagrado de Dios.

Jesús predicando con dulce acento, con privilegiada y armoniosa voz; dando siempre ejemplo con sus actos y mansedumbre; extendiendo la más bella de las doctrinas, basada en la humildad, la beneficencia, la fe, la esperanza y la caridad, prepárase por sí mismo el camino que había de conducirle al más cruento sacrificio: llega por fin aquel instante supremo en que su Santa Humanidad, había de pasar por las más terribles pruebas; y si la materia por un momento le hace vacilar, cuando dijo: «*El espíritu está presto, mas la carne enferma,*» si mostró siquiera un átomo de temor á la muerte, se acuerda que Dios le impone su voluntad para librarse al hombre del pecado y lleno de mansedumbre exclama: «*Padre mío, si no puede este vaso pasar de mí sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.*»

El beso de Judas le entrega á sus verdugos y condúcelo por fin con la cruz á cuestas al infamante suplicio; élévase la cruz sobre el Gólgota y enclavado en ella el Hijo de Dios, después de haber sido injuriado, escupido, azotado y coronado de punzantes espinas, es colocado entre dos criminales, sus ropas son repartidas como botín de foragidos y la túnica echada á la suerte, cumpliéndose así la profecía. Un pueblo fanático é intolerante, abyecto é imbécil, le prodiga todo género de soeces insultos, de atroces blasfemias y le hace apurar gota á gota el cáliz de la amargura; levanta los ojos al cielo para explorar la voluntad de Dios, y con fervor admirable ofrece sus dolores y sufrimientos en holocausto

del hombre exclamando: «*Pater dimitte illis non enim sciunt quid faciunt*» —Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.—

Los ladrones entre quienes está colocado para escarnio mayor se dirigen á Él, el uno olvidándose de que la muerte le espera y ha de comparecer ante el Tribunal del Supremo Hacedor, le injuria diciendo: «*¿Si tú eres el Cristo, por qué no nos salvas y te salvas?*» y el otro, más arrepentido contestando al primero le dice: «*¡Ni aun tú temes á Dios estando en la misma condenación!*» porque al fin nosotros expiamos nuestros delitos, pero este es inocente; » y dirigiéndose á Jesús con voz conmovedora, llena de arrepentimiento y suplicante dicele: «*Acuérdate de mí cuando vinieres á tu Reino:*» entonces el Dios-Hombre, que lee en el espíritu de aquel criminal la confesión de sus crímenes y el dolor de sus faltas, ruega por él y le dice: «*Hodie mecum eris in paraiso.*» —Hoy estarás conmigo en el paraíso.—¡Qué elevación de espíritu y cuán grande es la misericordia divina! Todos los pecados son redimidos con verdadero arrepentimiento.

Desamparado en su último trance, encuéntrase sin embargo al pie de la cruz su Santísima Madre, llorosa, abatida, con el corazón traspasado de dolor, y junto á ella el discípulo amado San Juan, y al verles, olvidándose de los lazos terrenos que le unian á María, en el momento en que sin duda «preocupado de su obra sólo existía para la Humanidad,» les dirige su mirada amorosa y la dice: «*Mulier ecce filius tuus.*» —Mujer, hé ahí á tu hijo.—Es decir, no quedas sola en el mundo, ahí tienes quien enjuague tu copioso llanto, quien no ha de abandonarte en tu soledad. Y cuando por no ser testigos del mayor de los crímenes, oscurecese al cielo, se oculta el sol, la luna aparece rojiza como bañada en sangre y fúnebre crespon envuelve la Naturaleza, Jesús con voz moribunda exclama: «*Deus meus, Deus meus, ut qui dereliquisti me?*» —Dios mío, Dios mío, por qué me habeis desamparado?—

Falto de fuerzas, desfallecido, casi inerte, siente que se ahoga y dice: «*Sitio.*» —Tengo sed—y ésta es apagada por sus sicarios con una esponja henchida de vinagre. El cuerpo no puede ya sufrir tanto y tanto tormento prodigados por los que se constituyen en sus crueles verdugos, y sintiendo que el espíritu está próximo á abandonar á la materia, se dirige al Padre diciendo: «*In manus tuas Domine commendabo spiritum meum.*» —En tus manos Señor, enciendo mi espíritu—y terminado el plazo señalado por los Profetas y cumplidas las Escrituras, exhala Jesús el último suspiro, e inclinando la cabeza con grande voz exclama: «*Consumatum est*» (1).—Todo se ha consumado.—No queda más que el testimonio eterno del delito que se cometió por el pueblo judío, la ruina de Jerusalén como justo castigo á sus iniquidades y la dispersion de aquella raza proscrita que hoy vagaburra, por ciudades, valles, montes y desiertos.

¡Descansa en tu trono exento, noble Mártir que predi-

caste la más sublime de las doctrinas, sellándola con tu preciosa sangre! ¡Tu misión está terminada; tu memoria será eterna como tu gloria por todos los siglos y siglos de los siglos!

E. S.

MISCELÁNEA.

El martes próximo 25 de los corrientes, 262 aniversario de la muerte del inmortal Cervantes, celebrará la Sociedad de las Conferencias á las nueve de la noche una velada literaria en honor de aquel príncipe de los ingénios españoles.

El discurso apologético está á cargo del Sr. Milégo; se leerá un trozo del Quijote y poesías alusivas por los señores Socios.

La Junta directiva del Centro de Artistas, con la gitanería que la distingue, ha ofrecido para dicho acto los salones de la planta principal y algunos de sus asociados amenizarán la velada con escogidas piezas de música en los intermedios.

Con motivo de la solemnidad del dia, la conferencia que hoy corresponde se traslada al sábado, siendo el encargado de ella el Sr. D. Juan A. Gallardo y su tema el siguiente: *¿La Agricultura es arte ó ciencia?*

El lunes próximo pasado, tuvo lugar la primera conferencia extraordinaria, que versó sobre «Historia de las Bellas Artes en la antigüedad y edad media.» Sin perjuicio de reseñarla con la extensión que acostumbramos en el número próximo, enviamos por adelantado nuestra enhorabuena al distinguido artista D. José Robles que la tuvo á su cargo, pues ha sabido demostrar á sus amigos que maneja con tanto acierto la pluma como los pinceles.

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros lectores que entre los muchos forasteros que han acudido á la Imperial ciudad, con motivo de la Semana Santa, se hallan los Sres. Gayangos, Riaño y Giner de los Ríos, tan conocidos en el mundo de las ciencias y de las artes por su saber e ilustración.

Reciban nuestra cariñosa bienvenida nacida de la simpatía que nuestra alma tiene siempre para aquellos laboriosos obreros del progreso y adelantamiento social.

Están llamando muy justamente la atención del público la preciosa ánfora de estilo árabe y la bandeja del renacimiento que el Sr. Alvarez ha expuesto en los aparadores de su taller y que se propone enviar á la próxima Exposición Universal.

TOLEDO, 1878.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE FANDO E HIJO,

Comercio, 31 y Plata, 19.

(1) San Juan, cap. 19, vers. 30.